

De Suárez, Carmen Delia. **Cuando los Hombres Fuertes Lloran**. Editorial Ahora, San Salvador, 1976, 302 páginas.

Esta novela promete ser, en un principio, la versión salvadoreña sobre el problema de las dictaduras militares en Latinoamérica. En este sentido, podría sumarse a la serie de novelas aparecidas recientemente sobre el mismo tema: **El Recurso del Método**, del cubano Alejo Carpentier; **Yo, el Supremo**, del paraguayo Augusto Roa Bastos; y **El Otoño del Patriarca**, del colombiano Gabriel García Márquez. Pero, como veremos en seguida, la obra se queda en puras promesas.

Escrita según un patrón narrativo tradicional (linealidad en el sucederse de los acontecimientos, caracterización de los personajes en base a juicios de valor moral sobre su conducta, intervención continua del narrador —narrador omnisciente— abundancia de descripciones, ausencia de experimentación lingüística, etc., etc.), la obra tiene una primera parte (241 páginas) realmente interesante como peripecia, como aventura: varios grupos de civiles y militares que participaron en un fallido golpe de Estado al presidente doctor José Tomás Pérez Dárdano, huyen por montañas, ríos y carreteras, utilizando los más variados medios: el grupo del capitán Diego Barrundia —cabecilla de la insurrección— huye a lomo de mula; el grupo del capitán Barías, lo hace en un destartado avión: unos van en la cabina, y otros, amarrados a las alas; el grupo de Mansilla, rector de la universidad, se oculta en baúles supuestamente de libros para poder pasar la frontera.

Más o menos a todos los grupos les pasa lo mismo: hay un accidente (caída del avión, choque del camión en que iban los baúles, encuentro con patrullas del gobierno), alguien queda herido y, finalmente, el grupo es capturado, puestos en prisión sus integrantes y a la espera de un Consejo de Guerra que los ha de condenar a la pena máxima. A estas alturas, Consejos de Guerra anteriores habían decretado el fusilamiento de un hijo, un sobrino y un hermano del presidente.

Una segunda parte (pp. 243-302) cuenta cómo Pérez Dárdano fue obligado a ceder el poder gracias a que los conspiradores —entre los que estaba un mi-

nistro íntimo amigo del presidente— apresaron a familiares de diplomáticos, exigiendo la capitulación so pena de ejecutar a los rehenes; cuenta también sobre la llegada a la presidencia del capitán Diego Barrundia, después de un interín de ocho meses en que, por primera vez en la historia de la República, se pudieron dar elecciones libres; el clima de bonanza económica, social y política que vivió el país de ahí en adelante; la muerte de Pérez Dárdano, etc., etc.

Pero en esta parte, todo lo interesante desaparece por completo, y la novela se vuelve engorrosa y pesada, puesto que quiere darnos, paso a paso, una especie de pintura de un gobierno y un Estado ideales. Con lujo de detalles se nos cuenta cómo Barrundia subió al poder sin fusilar a nadie, olvidándose de rencores y demostrando que los cambios radicales pueden llevarse a cabo sin trastocar sustancialmente las bases económicas en que se sustentaba el régimen anterior.

Como norma, la autora pretende a lo largo de toda la novela, “internacionalizar” personajes, ambientes, situaciones, un poco como lo hacen Miguel Angel Asturias en **El Señor Presidente** y Ramón del Valle Inclán en **Tirano Banderas**. El doctor Pérez Dárdano es un mandatario de todos y de ningún lugar de Latinoamérica; y los otros personajes hablan a veces con salvadoreñismos, a veces de “tú” como en otras regiones americanas. El problema quiere ser planteado en términos tan generales, como para mostrar que es válido en casi la totalidad de países latinoamericanos. Sin embargo, el peligro de la estereotipia y de la ambigüedad no logra ser sorteado y así, el presidente se nos presenta como “EL INFLEXIBLE”, “EL TIRANO”, “EL TESTARUDO”, “EL INESCRUPULOSO”, etc. Sus oponentes tienen un ALTO SENTIDO DEL DEBER, se SACRIFICAN POR UN IDEAL, aceptan CON VALENTIA EL SACRIFICIO DE SUS VIDAS, reciben SIN RENCOR LA PENA MAXIMA, etc., etc. Los billetes que llevan los prófugos (que huyen hacia UN PAÍS DEL NORTE, o hacia UN PAÍS DEL SUR) no deben ser identificados con la moneda de ningún país latinoamericano; por eso, resulta que son “dólares” y los indios y habitantes de las zonas más remotadas, se muestran ávidos por recibirlos como paga: conocen su valor. Los “indios” por su parte, aparecen tan indefinidos que podrían ser andinos o mexicanos o guatemaltecos.

Según esto, los rasgos generalizadores se comen cualquier particularidad que dé verdadera hondura a la caracterización de personajes y situaciones. La "internacionalización" del problema resulta ser, a la postre, visión superficial sobre el mismo. Tan en el aire queda la cosa que, en verdad, puede ser aplicada a cualquier país latinoamericano.

Si la primera parte se salvaba por lo interesante de la aventura de los prófugos, la segunda, además de aburrida, resulta de un gran simplismo en cuanto a la resolución narrativa y, sobre todo, en cuanto al planteo ideológico de fondo. Como resolución narrativa esta segunda parte se destina a atar cabos sueltos: los prófugos, después de que habían quedado casi en el clímax de la desesperación en la parte anterior, son favorecidos por el *deus ex machina* que resuelve todo de un baritazo mágico: todos retornan al país y aparecen ayudando al nuevo presidente, Barrundia; una enfermera que participó en la conjura y que había jurado dar muerte al presidente Pérez Dárdano, llega a ser cirujano en tiempos de Barrundia, y tiene que operar al ex-dictador, haciendo de tripas corazón (y para que la novela no quedara tan fuera de foco en lo referente a la historia salvadoreña, la enfermera revive, inexplicablemente, los sucesos de 1932, aunque claro, sin que se haga referencia a nombres o sitios que pudieran identificar el hecho como tal. La ejecución de un cacique, los miles de cadáveres echados en fosas comunes parecen suficientes para localizar el suceso en el 32 salvadoreño). Pérez Dárdano descubre, en sus últimos momentos, que es padre de Diego Barrundia y se va a la otra vida con una gran satisfacción. Barrundia, por su parte, se sentía tremendamente frustrado porque no tenía hijos; al final, ve en un cadete recién graduado al hijo que tuvo en una de sus aventuras de prófugo. Todo se anuda, se trenza para que la novela quede redonda a como dé lugar, y colorín colorado.

Pero es más grave el simplismo en lo ideológico: el cambio hacia una forma radicalmente distinta de gobierno se plantea como traspaso del bastón presidencial de un militar a otro. El buen gobierno que adviene se debe exclusivamente a la buena disposición de los militares que se hicieron cargo del gobierno. Se trata de un cambio radical que el pueblo "protagoniza" como público que aplaude las nuevas disposiciones. Un cambio radical que se plantea como un simple tránsito a una época de mayor bonanza, sin que aparezcan para nada problemas de fondo que necesariamente se afrontan en tales cambios. Así, la esfera de las finanzas, o la de la industria, o la del comercio, etc., continúan intocadas. Simplemente, hubo más prosperidad en todos los rubros, se incrementó la riqueza del país. Nadie, ni los enemigos políticos fueron tocados. Todos quedaron contentos. El cambio de un estado de cosas injusto

y antihumano hacia formas de vida más justas socialmente, se dio en virtud de la adopción de una buena política, en virtud de la ascensión de políticos con una gran disposición moral, y del desplazamiento de aquellos elementos políticos que siempre han querido hacer del aparato gubernamental una forma efectiva de llenarse los bolsillos.

Por todos estos fallos, la novela no colma, pues, las expectativas y no puede considerarse como una versión realmente significativa sobre el problema tan actual, tan salvadoreño y tan latinoamericano de las dictaduras militares.

Rafael Rodríguez Díaz

San Salvador 12 de agosto de 1976.



Pannenberg, Wolfahrt. **El hombre como problema. Hacia una antropología teológica.** Versión castellana de Rufino Jimeno. Herder, Barcelona, 1976.

W. Pannenberg es uno de los teólogos protestantes alemanes más influyentes en la teología actual. Su teología está muy influenciada por su talante filosófico. Desde él aporta a la teología la necesidad de racionalidad y de verificación histórica. Con ello Pannenberg ha desafiado y superado a las teologías protestantes europeas más influyentes hasta ahora, como son la del existencialismo de R. Bultmann y el supranaturalismo de K. Barth. Las obras más importantes de Pannenberg son su *Cristología* (1964), *Grundfragen systematischer Theologie* (Problemas fundamentales de teología sistemática, 1967) y *Wissenschaftstheorie und Theologie* (Teoría de la ciencia y teología, 1973).

La importancia de la obra que comentamos radica en ser su primer esbozo sistemático de teología, junto con otra obra aparecida en la misma fecha *Offenbarung als Geschichte* (Revelación como historia, 1961). Esta obra, como lo indica el subtítulo, pretende elaborar una antropología teológica, en la que aparecen las líneas fundamentales de su pensamiento. Pannenberg recoge en su libro la herencia de tres formas de pensar. La herencia griega, con su exigencia de pensar racionalmente el todo; la heren-

cia bíblico-judía, con su exigencia a historizar la realidad; y la herencia de la moderna ilustración, con su exigencia a dar autonomía a la razón y desarrollar las ciencias positivas. A diferencia de otras antropologías teológicas usuales, el libro de Pannenberg tiene la ventaja de entroncar el discurso teológico en una línea de pensamiento más amplio y más real, tanto porque pretende recoger la herencia de los siglos pasados, como porque pretende integrar los conocimientos de las ciencias humanas en su pensar teológico. Esta intención de su discurso teológico nos parece sumamente laudable, pues somete la antropología teológica a la verificación racional e histórica, y supera la tentación habitual de reducirla a un buen número de citas bíblicas, patrísticas o dogmáticas.

En cuanto al contenido del libro sólo podemos enumerar las intuiciones fundamentales. Pannenberg parte de lo que él considera el consenso mínimo sobre el hombre. Este es libertad, que interpreta como apertura incondicional. Esta apertura no se agota cuando se considera al hombre como destinado a la cultura, sino a algo absoluto, que es Dios. La novedad de Pannenberg comienza cuando considera a Dios como futuro, y desde ahí reinterpreta la apertura radical del hombre: "todo interés humano se concentra hacia el futuro". A este análisis filosófico acompaña circular y dialécticamente el análisis histórico de las diversas religiones, y sobre todo del cristianismo, en el que aparece la apertura en forma de confianza incondicional en el Padre de Jesús, y la futuridad del hombre en el acontecimiento de la resurrección de Jesús, que es ya una realidad en cuanto apunta y desencadena un futuro. Consecuente con este planteamiento Pannenberg plantea valientemente y sin soslayarlo el problema de la muerte, pues ésta parece poner en cuestión cualquier antropología orientada al futuro. La solución a este problema la encuentra de nuevo en la historia de Jesús, en concreto en su "resurrección", que a diferencia de la formulación griega de "inmortalidad del alma", plantea más radicalmente el problema de la muerte, y aporta además una nueva solución. La resurrección expresa entonces la dimensión de esperanza, constitutiva fundamentalmente para una antropología cristiana.

Desde esta perspectiva aborda otros problemas que sólo podemos enumerar: el problema de persona y sociedad, el amor, el significado de tradición y revolución.

El libro es importante para quien desee conocer la totalidad de la obra de Pannenberg. Para el lector habitual es ventajoso el mismo trabajo sistemático, y las características del trabajo, sobre todo el de la dimensión de futuro, que tiene la realidad, y corre-

lativamente la dimensión de esperanza de la persona humana.

El lector centroamericano encontrará también lagunas en este libro. Es cierto que un teólogo de la talla de G. Gutiérrez ha citado con aprobación abundantemente de la obra de Pannenberg en la Teología de la liberación, y se ha aprovechado de los conceptos genéricos que usa novedosamente. Pero esta antropología hay que historizarla desde nuestra situación. En concreto se nota poca reflexión sobre la praxis como dimensión antropológica, sobre el pecado y conflicto de la realidad, como dimensión metafísica. Estas lagunas no dejan de sentirse en la elaboración teológica de la antropología. Quizás una de las razones de estas lagunas está en la ausencia del marxismo, ni siquiera como polo de diálogo, en el pensamiento de Pannenberg. Las citas del neomarxista E. Bloch son más bien para ilustrar su tesis fundamental que para cuestionarla.

En conjunto un obra importante por el tema, por la altura científica, por los diversos enfoques integrados sobre la realidad hombre, y limitada también por la problemática centroeuropea de "sentido" a la que pretende responder, como lo hemos analizado en otro número de esta revista (cfr. ECA, 322/323, agosto-septiembre, 1975, pp. 429s).

Jon Sobrino



Hans Köhler **TEOLOGIA DE LA EDUCACION** Studium: Bailen, 19, Madrid.

La presente publicación está dirigida a pedagogos que profesan la fe cristiana y pretenden enfocar la educación de niños y jóvenes bajo puntos de vista tan importantes como son el fin de la educación, la imagen del hombre, la relación del hombre con el mundo y con los demás.

Por no pretender ser esta publicación ni una pedagogía sistemática ni un método para clases de religión sino un planteamiento de la relación entre teología y pedagogía el resultado de la misma es un tanto teórico y restringido el número de lectores que

atraiga su interés. Pueden sin embargo suscitar inquietudes de más inmediatez práctica, aspectos relacionados con el fin de la educación como son: educación para la responsabilidad; para el coraje ante la vida y para la fe; entendiendo como responsabilidad, la capacidad de tomar decisiones en el uso de la libertad, como coraje, la potencial liberadora de la angustia existencial y fe en cuanto luz y fuerza divina que da sentido y vigor cristiano a la vida.

J.M.G.



Anton Grahner – Haider **LA BIBLIA Y NUESTRO LENGUAJE** Biblioteca Herder 1975.

Este volumen pretende esclarecer y ampliar el trabajo comenzado en el vocabulario práctico de la Biblia, publicado por Herder.

El entusiasmo por la teología bíblica de los últimos años no dejaba demasiado tiempo para atender los problemas de fondo y las condiciones de la palabra de Dios. El día de hoy, con acierto, la teología bíblica ha cambiado de enfoque y no se contenta con agrupar sentencias en torno a la palabra bíblica sino que parte de **nuestro horizonte** de intelección hacia lo que la Biblia nos indica como palabra revelada.

Así desde este punto de partida se pretende salvar el hiato abierto secularmente entre lenguaje religioso y conciencia actual: al evolucionar la conciencia y quedar estereotipado el lenguaje bíblico se ha producido un desfase entre ambos con el consiguiente resultado negativo de convertir los contenidos bíblicos en frases sin sentido concreto. Y esto

ha sucedido con realidades y contenidos tan básicos como Dios, Amor. . . “¿cómo es posible que en nombre de un Dios encarnado se levanten muros entre los hombres, se engendren odios, se sacrifiquen vidas. . .?”

La obra *La Biblia y Nuestro Lenguaje*, se compone de dos partes fundamentales. En la primera se pretende dar la clave del pensamiento bíblico en catorce elementos, como Dios, palabra de Dios, Jesucristo, Reino de los cielos. . . Iglesia. La enumeración no es exhaustiva. En una segunda etapa, dentro de esta primera parte, se aplican consideraciones hermenéuticas a estos mismos conceptos, que exploran el campo lingüístico en el caso y buscan nuevas expresiones en nuestro lenguaje. Hermenéutica concreta significa no imitación sino nuevo proceder aquí y ahora. La relación, en el caso de Jesús, es **nueva** relación frente a la sociedad actual inspirada en la que tuvo Jesús con la sociedad de su tiempo. Hermenéutica, dice el prólogo, orientando al lector sobre el contenido de la obra, no es siempre adaptación a nuestro lenguaje sino contraposición y crítica desde el lenguaje. Nuestro lenguaje no está en orden y el procurar ordenarlo en conceptos fundamentales, es la pretensión de esta obra, mediante el enfrentamiento de lenguaje y experiencia en la sociedad actual en que vivimos.

En la segunda parte se confrontan con las experiencias bíblicas, conceptos básicos que pertenecen a la estructura social, algunos de ellos radicalmente cuestionados en nuestros días, tales como autoridad, institución, violencia. . .

Para todo lector que además de profundizar en conceptos de la Biblia quiera enriquecer su espíritu con una sana crítica sobre la sinceridad de su lenguaje religioso como reflejo de una conciencia comprometida, la lectura de la presente obra le proporcionará un aporte valioso “El problema de nuestra fe, es ante todo un problema de lenguaje”.

J.M.G.

